



RIVERITA

ESTE es el título de la última novela de Armando Palacio; y aunque hace ya meses que está en manos de los lectores, no ha pasado la oportunidad de criticarla, pues ninguna otra, que yo recuerde, se ha publicado después que pueda merecer atención preferente. Los maestros han tenido á bien descansar este año: ni Galdós ni Pereda han producido cosa nueva, y se puede decir, sin ánimo de ofender á nadie, que la *narración* más importante de estos meses ha sido *Riverita*.

Yo recibo cada ocho días uno ó dos volúmenes que el autor respectivo tiene la bondad de dedicarme. Suele acompañar á esta prosa nutrida una atenta carta, en que, con los mejores modos, se me pide mi opinión. Yo, como en el sainete de Ricardo Vega, suelo dar la callada por respuesta. No será esto lo más cortés; pero es lo único posible, dada la división del

trabajo. Mi misión en este globo no es leer todas las novelas tomadas del natural que quieran escribir los entusiastas de la nueva literatura. Si yo leyera todos esos libros, no me quedaría tiempo para las ocupaciones que me dan de comer, ni para las que me sirven de honesto recreo.

Además, me volvería tonto naturalista á las pocas semanas. Las tales novelitas, con eso de que ahora se estila poco diálogo y mucha narración, y se prescinde de poner nombre especial á los capítulos, son otros tantos océanos índicos de tinta, sin islas que valgan. Podrá haber maravillas en el fondo de esos mares; pero... ¡vaya usted á pescarlas! Afortunadamente, los libros á que me refiero suelen llevar por delante un prólogo en que el autor hace profesión de fe, y nos dice lo que piensa del arte, de su fin, del *medio*, de la *evolución*, del *temperamento*, etc., etc., y basta con leer unas cuantas páginas de estos manifiestos al país literario, para averiguar lo que más importa: que el creador de toda aquella prosa compacta es un grafomano ó un cursí.

Las novelas de este pelo han abundado este año; pero es claro que la de Armando Palacio se destaca sobre todas ellas como el ciprés de marras. Y sobre todo, destáquese ó no, *Riverita* la he leído del principio al fin sin cansarme, y esos otros libros... no se pueden leer. Sucede con su lectura lo que pasa con los padrenuestros, que se rezan á medio dormir; se

empiezan, pero no se acaban nunca; el santo se va al cielo, y hay que volver á comenzar. Sin contar con que todas esas novelas parecen una misma...

No sólo es tiempo aún de hablar de *Riverita*, sino que, bien mirado, es demasiado pronto. Esta novela, aunque tiene dos tomos, no es más que la primera parte de una obra. Juzgarla olvidando esto, es ser injusto. La vida medianamente accidentada y bastante vulgar de ese joven cuyo carácter aún no está bien determinado al acabar el segundo tomo, es el asunto de esta primera parte. Lo principal debe de estar en *Maximina*, que será la segunda.

Allí el *héroe* pasa al estado que protegió la ley Julia et Papia Poppea, y sus amoríos, si sigue teniéndolos, ó los de su mujer, adquirirán una gravedad que los que conocemos no tienen.

Hasta ahora lo más interesante del libro no es el protagonista, sino las circunstancias que le rodean y los personajes que influyen en su suerte. Retratos y cuadros de género es lo que por ahora se puede alabar en este libro. De su composición habría mucho que decir... si no fuera mejor dejarlo para cuando conozcamos la obra completa. El autor debe de tener su plan, al cual obedece tal vez el aparente desaliño de la acción del libro.

Es claro que mejor hubiera sido, ó haber dado toda

la obra de una vez, ó no haber dejado para tan tarde el zurcir estos paños, de púrpura algunos, que componen el conjunto de *Riverita*. Pero sea como quiera, censurar la novela por tal concepto, es prematuro.

Y ahora, antes de entrar en el capítulo de las alabanzas, debo advertir lealmente que Armando Palacio es íntimo amigo mío, y que un egoísmo, que me parece muy disculpable, me obliga á sacrificar al amigo en aras de mi humilde nombre de revistero imparcial. Quiero decir, que para evitar á mis enemigos la ocasión de zaherirme, prefiero no elogiar á Palacio cuanto merece, y apretar en el renglón de los reparos, para que así resalte más la condición de justiciero de que siempre hice gala. A Dios gracias, no necesita el autor de *José* que yo le proteja, y aun le sobra fama para dejar una poca entre mis dedos, ayudándome de este modo á consolidar mi reputación de crítico claro y que no se casa con nadie. Cuando algún poeta chirle ó novelista ramplón me venga con eso de que me ablando al hablar de los míos, sacaré este artículo á relucir, en prueba de mi severidad crítica.

Dios y Palacio me lo perdonen.

Pero sería exagerar, tanto que se conociera la comedia, negar que *Riverita*, sea lo que quiera como conjunto, tiene capítulos dignos de un maestro, y prueba que las facultades del autor son más amplias

y más flexibles de lo que se podía creer á juzgar por obras en que, de propósito, se limitaba á copiar un rincón de su tierra ó un *pedacito* de un alma. Miguel Rivera nos lleva, con las vicisitudes de su existencia, del interior de una casa donde las preocupaciones ridículas ayudan á las virtudes domésticas á mantener la vida honrada de familia, á respirar en el ambiente helado de un colegio de niños, donde, á pesar de ciertas repeticiones y alguna languidez en la descripción de nimiedades, encontramos un *microcosmos* de la mala educación española.

Vicios y defectos hay en nuestra vida pública, en la académica, en la social, en la religiosa, en la doméstica, que aparecen estudiados como en su germen en los capítulos que consagra Palacio á los años de aprendizaje de Miguel Rivera; es lástima que á veces, olvidando la gran importancia que para su asunto tiene esta parte de la vida de Riverita, el autor insista demasiado en la narración de algunas anécdotas de escasa significación y despegadas del libro. Defecto es éste que abunda en toda la obra. No todo lo que nos hace reir oyéndolo contar en determinadas circunstancias propicias, se puede trasladar al arte, y menos se debe trasladar desprovisto de todo adorno artístico, como pudiera hacer una estadística ó un cronicón vetusto. Fuera ya del colegio Miguel, se ensancha el cuadro, la observación se dilata. . y pierde por algún tiempo fuerza y fijeza.

Todo aquello de los amores con la Generala, las aventuras periodísticas, el viaje á Pasajes y otros varios episodios, exijan más atención y reposo, relieve mayor, constancia, por decirlo así, en el estudio de observación, y sobre todo una conexión de los sucesos ó por lo menos de los afectos y de las ideas, que falta por completo.—Relieve, orden, gradación, fuerza, gracia, observación, interés; todo eso hay, en cuanto se refiere á las relaciones de Riverita con su madrastra y con su hermana, figuras ambas que acreditarían á cualquier novelista, la primera por su verdad y fijeza en los rasgos característicos; la segunda por la gracia, la frescura, la sencillez natural y espontánea.

Como prueba de que no hay materia que esté jamás demasiado tratada para el ingenio verdadero, puede ofrecerse todo lo que en Riverita se refiere al toreo, á los aficionados, á los toreros, á las plazas, á las corridas y á las becerradas. Lo que es al llegar á esta ocasión, permítanme ustedes que olvide mi *papel* de censor ceñudo, que quiere ganar fama de imparcial, y que alabe á Palacio con todo mi corazón... á pesar de ser mi amigo. ¡Señor, no puedo yo tener un amigo que describa muy bien una corrida de toros, y una novillada, y el carácter y las costumbres de un veterano del arte de *Lagartijo!*—Más hubiera valido

que todos estos capítulos estuvieran mejor engranados con el asunto principal; pero como quiera que vengan, sean bien venidos.

Caracteres y tipos, los hay muy notables. El de Riverita no puede estudiarse todavía. Algo se adivina en él; pero preciso es confesar que hay cierta indeterminación en este personaje; podrá esto ser intencional, servir al autor para más adelante; pero por lo presente perjudica. En cambio saltan á los ojos D. Bernardo y tío Manolo (éste sobre todos), la madrastra, los profesores del colegio, el torero, el cadete y otros varios.

El lenguaje es, como suele ser el de Palacio, correcto casi siempre, si bien hay cierto descuido en lo de no evitar anfibologías, y en el desatender á la construcción lógica cuando ésta es exigida por la claridad. Además ciertos giros, ó anticuados, ó de poco uso ó arbitrarios, desdican del tono general del libro. Añádase á esto que Palacio corrige mal las erratas. No hay un solo latín, de los varios que figuran en *Riverita*, que no tenga una incorrección. ¡Y cuidado si hay *críticos* que anden á caza de erratas!

El diálogo me ha parecido en general mejor manejado que en novelas anteriores; se excusa oportunamente, y no se prolonga más de lo necesario. Sin em-

bargo, no faltan todavía aquí conversaciones inútiles, lugares comunes que estorban, pues la naturalidad se consigue sin ellos, y con ellos el estilo pierde y la composición se hace pesada y enojosa.

—

Cuando la segunda parte de esta novela se publique, entraré en más detenido análisis, estudiando el carácter de este ingenio, que es uno de los más dignos de atención en nuestra juventud literaria.

Palacio, valga lo que valga, es original, espontáneo; suyas son sus preocupaciones, que las tiene, suya su manera, suya su tendencia, y así ha podido ver venir y casi casi pasar el prurito seudonaturalista sin sentir cambio alguno en sus *procedimientos* ni en sus ideas.—En las novelas de Armando Palacio se nota que hay debajo del hombre de fantasía un crítico y un espíritu satírico; el espíritu satírico siempre le inspira bien; el crítico le guía constantemente por el camino del buen gusto... El peligro está en que, por librarle de un naufragio, puede hacerle caer en los horrores de la *calma chicha*. Quien no se aventura, no pasa la mar.



LAS TRADUCCIONES

BURLÁBASE D. Quijote, con la discreta ironía que él sabía manejar como nadie, del pobre traductor de *Le Bagatelle*, y entre otras cosas le decía:—«Yo apostaré una buena apuesta que adonde diga en el toscano *piace*, dice vuestra merced en el castellano *place*, y donde diga *piu*, dice *más*, y el *su* declara con *arriba* y el *giu* con *abajo*.

—»Sí declaro, por cierto, dijo el autor, porque esas son sus propias correspondencias.

—»Osaré yo jurar, dijo D. Quijote, que no es vuesa merced conocido en el mundo, enemigo siempre de premiar los floridos ingenios ni los loables trabajos. ¡Qué de habilidades hay perdidas por ahí! ¡Qué de ingenios arrinconados! ¡Qué de virtudes menospreciadas! Pero con todo esto me parece que el traducir de una lengua en otra, como no sea de las reinas de las lenguas, griega y latina, es como quien mira los tapices flamencos por el revés, que aunque se ven las figuras, son

llenas de hilos que las oscurecen, y no se ven con la lisura y tez de la faz; y el traducir de las lenguas fáciles no arguye ingenio ni locución, como no le arguye el que traslada ni el que copia un papel de otro papel.»

Esta sentencia de Cervantes, que copio con tal extensión, puede aplicarse á los traductores que por aquí se usan, con algunas excepciones, como también de ella exceptuaba D. Quijote á Cristobal de Figueroa y á Juan de Jáuregui, traductor el primero del *Pastor Fido* y el otro del *Aminta*. Es certísimo que traducir como generalmente se hace del francés, del italiano ó del inglés, no arguye ingenio ni otro mérito que el de aplicar tiempo y trabajo á un modo de ganar el pan, no siempre honrado.

La diferencia que Cervantes establecía entre las lenguas griega y latina y las vulgares, estaba fundada en razones sólidas; pues siendo aquéllas de las llamadas muertas y de construcción sintética, ofrecen por uno y otro respecto mayor dificultad que todas las modernas de los países cultos, que son analíticas y se pueden aprender de quien las habla.

Si Cervantes no extiende á otras lenguas antiguas el privilegio de la dificultad y del mérito consiguiente, es porque en su tiempo el renacimiento no abarcaba la civilización oriental, y no se hablaba entonces de sanscrito por estas tierras, ni de las literaturas de Oriente.

Atendiendo bien á las palabras que he copiado, se

ve que Cervantes de quien se burla es de los malos traductores, y el haber establecido aquella distinción á favor de Figueroa y de Jáuregui, lo prueba. Del traductor de *Aminta* había dicho ya Alonso de Acevedo:

.....
 Mas vino de la Bética ribera
 un joven de gallardo genio y brío;
 y Aminta por el docto sevillano
 dejó su patria y amistad primera,
 y ya en el Bétis, en estilo hispano,
 canta olvidado de su lengua y río.

Quando se pueda decir esto de un traductor justamente, es claro que siempre habrá que exceptuar al que lo merezca de esa nota despectiva que Cervantes arroja sobre los traductores de oficio.

En el traducir es condición esencial, pero mérito secundario, el conocer la lengua que se traduce. Si se trata de traducción propiamente literaria y de obra que lo sea también, las demás cualidades que se exigen son de índole mucho más excelente y rara que el conocer un idioma, ventaja que puede poseer un hombre vulgar medianamente aplicado. Para traducir literatura hay que ser literato; para traducir obras donde el buen gusto tiene que penetrar la idea del arte del autor, se necesita un artista de buen gusto también y habil para hacer en el propio idioma los primores que el original hizo en el suyo; y si de menos necesita la invención (y aun ésta en cierta parte también es suya) tiene el nuevo

trabajo de sujetarse á pensamiento ajeno y de buscar equivalencias en efectos de lenguaje que no siempre parecen fácilmente, y á veces no quieren parecer.

Por eso estaba tan orgulloso Chateaubriand de su traducción de Milton, teniéndola por superior en mérito á muchas de sus obras originales famosas.

A estas alturas, es claro que la facilidad de la lengua de que se traduce, ó su dificultad, es circunstancia secundaria. Si se admira á tal traductor de Horacio y se menosprecia á otro, no será porque sólo aquél supiera latín, sino por condiciones de hablista y de artista que el uno unía y el otro no, aun suponiéndolos á los dos buenos gramáticos.

Cuando un buen ingenio se enamora de otro que escribió en lengua extraña, viva ó muerta, antigua ó moderna, sabia ó vulgar, y quiere comunicar su entusiasmo á los suyos, trasladando hasta donde es posible la obra de arte concebida por otro hombre y nacida en otro idioma al propio modo de sentir, entender y hablar, entonces es cuando se puede decir que hay una traducción verdadera, es decir, aproximadamente justa.

Hacen sonreír esos traductores vulgares, los que saben que *giu* es *debajo* y *su* *arriba* cuando en sus prólogos y advertencias nos vienen diciendo que lo *han sacrificado todo á la exactitud*.

Sí; cierto es que *todo lo han sacrificado*, y sobre todo la lengua patria; pero no á la exactitud. Ni es verdad que se pueda traducir palabra por palabra de una len-

gua á otra, si se han de conservar los fueros de cada una, y aun tampoco siempre, aun sacrificando aquella á que se traduce, ni se puede llamar exactitud á esa equivalencia léxica, fría y seca que es á lo más que puede llegar, al traducir á un artista de la palabra, el que no lo sea.

Pues no se diga nada de los atrevidos caballeros que nos advierten, para prepararnos á sus temeridades, que la letra mata y el espíritu vivifica, y que ellos van á traducir, no la letra, no la *vana forma*, sino el espíritu de Dante, ó de Shakspeare, ó el Espíritu Santo en persona, si se le pone por delante.

¡Traducir! Empresa que de puro fácil es despreciable, como Cervantes decía, cuando se trata de los que entienden que para tal empeño les basta conocer ambos idiomas. ¡Traducir bien! Empresa muy ardua y que exige, á más de facultades rarísimas, virtudes no menos raras, como la modestia, la resignación y la fe: que se necesita fe especial para consagrar grandes esfuerzos á un propósito cuyo resultado nunca puede pasar de mediano.

Porque no se olvide que, aun supuestas las condiciones más excelentes en el traductor, ni la gloria es nunca grande, ni ha de dejar de cumplirse lo que Cervantes dice: que el tapiz ha de verse por el revés. Es esto ley de la naturaleza de las obras literarias y de la índole de las lenguas. Supongámonos un genio traduciendo á otro genio de parecido carácter; pues en la traduc-

ción siempre habrá menos belleza para uno y para otro; el genio que traduce no está todo él en su traducción, es claro; y el genio traducido... no puede estar tampoco.

Y ahora, lector amigo, demos un salto de estas alturas hipotéticas á la realidad corriente, á saber: los traductores que todo lo traducen del francés, y que ni son artistas ni saben francés siquiera, ni siquiera castellano.

Sí, esto es lo usual. Aquí los literatos desdeñan el trabajo ímprobo que no desdeñó un Gallego, ni desdeñó un Valera, ni desdeñaron los Schelegel, ni Goëthe mismo. Cuando en un país hay un renacimiento literario, uno de sus síntomas principales es un gran trabajo de asimilación, mediante el estudio que hacen los más insignes escritores nacionales de los libros extranjeros, pasando á los propios los dechados de arte que nacieron fuera de la patria. Ahora lo entendemos de otro modo en España. ¿Quién traduce las obras de los literatos contemporáneos ingleses, alemanes, rusos é italianos? Nadie. ¿Y las de esos novelistas franceses que tanto llaman la atención en todas partes? Esas las traducen... los que necesitan para ello un Diccionario de bolsillo.

Y la prensa, por halagar á las empresas y hacerlas vender sus productos, elogia sin medida las tales traducciones, y hasta juzga del original por ellas.

¿Qué más? Hasta críticos serios y muy encopetados han hablado entre nosotros de Zola, de Daudet, etc.

por las traducciones que corren por ahí en manos del vulgo.

¡Zola traducido por... tente, pluma!

¡Un estilista en manos de un mozo de cordel *literario!*

Hay que insistir en esto.

Pues ¿y las traducciones de los clásicos?

¿Y las traducciones de los poetas, hechas en *verso* castellano? ¡Soberbio asunto para ser visto con detenimiento!